

# *¿Qué sentirá ese caballo?*

2014-2016

*Maria Sergia Steen*

Precioso, me dije. Majestuoso de paso y empaque. El caballo junto al jinete componían el todo que los indios americanos confundieron con algo extraordinario, de orden superior.

¡Impresionante! Yo sabía que la parte de arriba mandaba al cuadrúpedo; sabía que la inteligencia que lo montaba era otro componente; sabía que se movía a requerimiento del jinete. ¿Cuántas horas de práctica?

—Ocho, escuché.

Aunque a veces el jinete debe de exigir más y hasta conseguirlo, usa la violencia— Me explicaron—.

¿Violencia? ¡Qué estoy presenciando! ¿La doma del potro o la jaca por el dueño para que yo aplauda?

Majestuoso, había dicho... De repente, los vi de otra forma. Vi las cabezas bajas de los caballos, sometidos al tiro del jinete y me entró un ahogo de pena. Rompí en sollozos sordos, con lágrimas. Esos caballos eran jacas sometidas al hombre que las montaba y nosotros aplaudíamos sus cabriolas forzadas. De ahí para adelante me negué a ser parte de un juego de poder en el que el animal nunca ganaba. Además... eran hembras.

La mujer morena con un niño, sentada a mi lado, se levantó de prisa y salió. Bajando las escaleras, la vi llorar. Regresó a recoger algo y ya no la vi más. Tampoco noté su presencia en

ninguno de los actos del congreso que se siguieron. Me había dicho que a su esposo no le gustaban los caballos, pero a ella, sí. Él decidía.

Comparé a la mujer con las jacas: representaban posiciones equidistantes. Las dos, persona y animal eran sometidas a un mandato. Me pregunté, ¿y ella por qué llora? ¿y yo por qué lloro? No hubiera sabido contestar, solo supe sentir. Quizá lo visto me hubiera transportado a los residuos mentales almacenados de escenas semejantes; al *meme* de las hembras doblegadas. A mujeres luchando por su libertad, por sus derechos, en silencio, con la cabeza baja como la jaca, sintiéndose responsables del fracaso de un matrimonio cuando era él quien se alejaba y se jactaba de asaltar a mujeres jóvenes, mayores o casadas. Las he visto llorar, penar, no dormir porque el macho las apartaba de su vida. Mujeres que se sentían responsables del fracaso de sus hijos, o del embarazo prematuro de sus hijas.

La comparación me levó inconscientemente al periódico, a la televisión a la lectura del número de mujeres que en un mes murieron a manos del ex-marido, marido, novio, ex-novio luego de haberlo denunciado sin fruto. O simplemente, no lo denunciaban por temor, por miedo de que su situación fuera a peor, si lo hacían.

Y en mi subconsciente también entraba la mujer hermosa que vi día a día luchar por retener al marido y presencié las luchas diarias, escuché las broncas, sentí en mi carne los desaires inferidos. Hoy la vi reflejada en la sumisión de las jacas.

Aunque trágico, instantáneo e impensable, también se podía llamar maravilloso pensar que estaba ante un espectáculo altamente requerido por el público, y yo, *no lo veía así*. Las potras eran seres dóciles, domesticados y forzados a obedecer porque, no tenían otra opción: al fin y al cabo *eran animales*. Parece ser que el público lo veía como un derecho a que se comportaran en la forma adiestrada. Me escondí al pensar que me mirarían y la vergüenza se

tornó en rubor. Salí hacia los espacios donde la gente compraba regalos. No sabía dónde refugiarme a llorar, lo peor... no comprendía qué me pasaba.

Empecé a recuperar el sentido de lo que denominamos realidad. Son animales, me dije. Y volví a entrar a ver los caballos, las jacas y los hermosos jinetes. La gente demostraba gozo por la perfección de sus pasos, el adiestramiento aprendido. Respondían a un mandato y al final, las jacas unidas en grupo se erguían y se despedían con el aplauso del público.

Parecía imposible que fuera yo quien se hubiera perturbado de manera tan absurda. Tendría que controlarme en el futuro. Pero...me detuve a pensar seriamente: mis sentimientos eran de compasión y empatía, entonces... Había más.

Me salieron todas las vejaciones de cientos de años hechas a las hembras.

Me salió su dolor por los trabajos forzados.

Me salió el haber tenido que enterrarse a sí mismas.

Me salió la soledad sentida.

Me salieron las fotografías de mujeres acarreado cántaros de agua con un bebé a las espaldas, descalzas, jóvenes y otras viejas.

Me salieron mujeres del pasado, lavando la ropa a mano en los ríos con el agua fría, arrodilladas sin saber ni siquiera cuestionar la labor que hacían.

Me salieron las niñas secuestradas y prostituidas.

Las jacas me habían descubierto algo, en su elegante pero sometida exhibición, que de otra manera nunca hubiera tenido conciencia.

También supe que mis sinceras emociones me hablaban con verdad y cariño:

No, me dijeron, no son solo animales, son seres sin libertad, reflejo de cualquier otro sometido.

No, representan a lo universal postergado.

No, me pidieron, nunca te traiciones.

No, no aceptes la opresión ni la esclavitud al otro, quien sea.

No, no hagas coro con una plebe que se divierte a costa del de abajo.

No, debes ser fiel a ti misma.

No, considera tu posición porque hay otros que te siguen.

Al salir, le dije al vendedor ambulante:

“No gracias; no quiero llevarme fotos de recuerdo”

Entonces, me tropecé con la mujer que había estado sentada a mi lado, empujaba un carrito de niño. Sin lágrimas, me saludó diciendo:

—Nos volvemos a casa. No podré continuar asistiendo al congreso. A Juan le resulta todo esto ajeno.

¿Y a usted...?